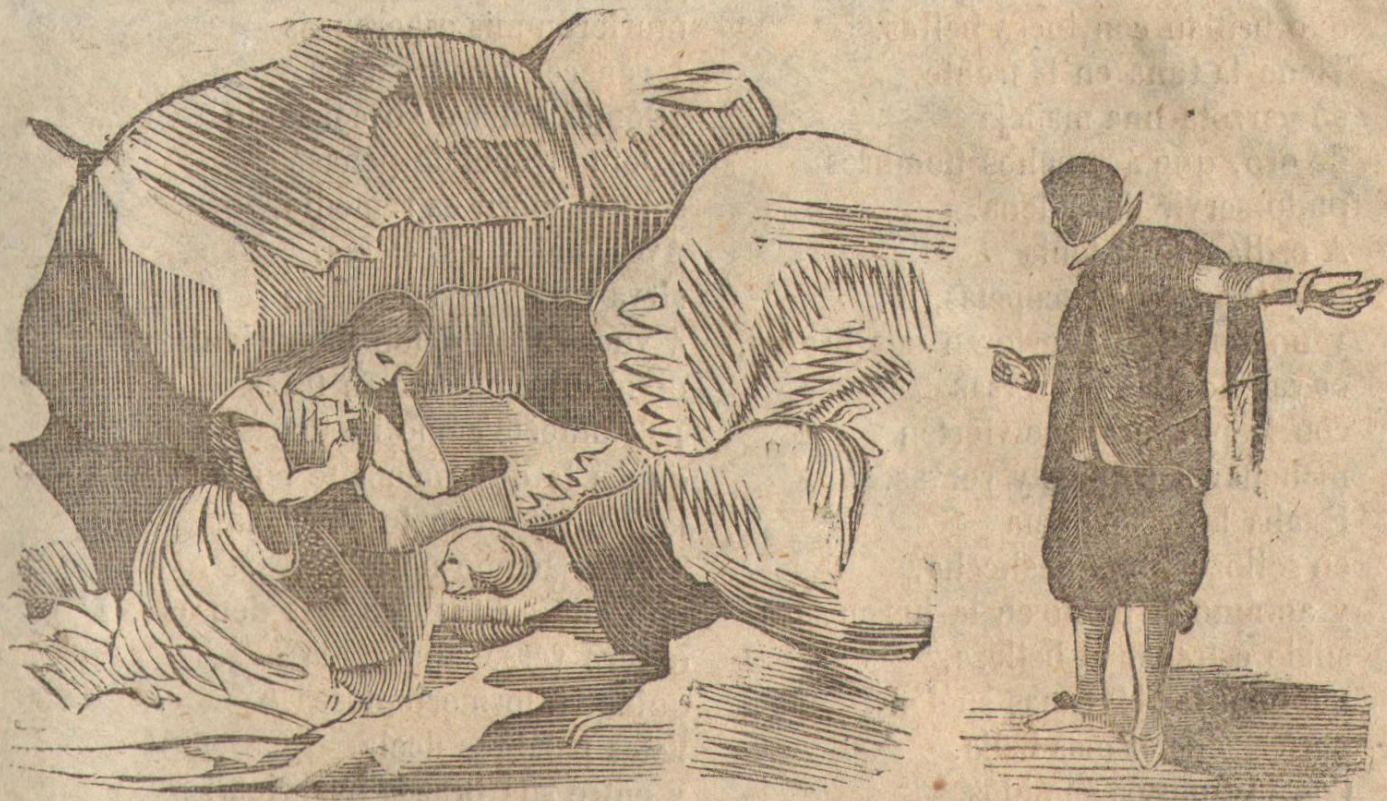


DOÑA TERESA EN LA GUEVA.



RELACION DE LOS VARIOS SUCESOS DE DON MANUEL DE CONTRERAS y doña Teresa de Rivera, en que se declara como don Manuel sacó á doña Teresa de su convento de la ciudad de Salamanca, y partiendo á Córdoba fué muerto en Sierra-Morena por un hermano de doña Teresa.

PRIMERA PARTE.

En las ásperas montañas de Guadalupe, que vuelan por el mundo sus noticias, cuya intrincada aspereza quiere competir al cielo sus marañadas guedejas: en este áspero desierto, entre sus robles y breños, un pastor que ya dejaba en su aprisco las ovejas y pasaba cuidadoso á una aldea de allí cerca, y para llegar mas presto va por escusadas sendas,

cuando ya impensadamente le sofocan y amedrentan unos ecos, que con ayes dan de algun presagio señas; quedóse el pastor confuso, y llegándose mas cerca vió una hermosísima dama que dudaba en su belleza si era Palas en el monte, ó si es la diosa Minerva. Era en extremo tan linda, que si el mismo cielo ostenta un sol para adorno suyo acompañado de estrellas,

ella con sus dos mejillas,
 dos soles consigo lleva,
 dos diamantes son sus ojos
 que brillan con luces bellas.
 Tiene la luna en la frente,
 su garzota una madeja
 de oro, que á muchos hombres
 pudo servir de cadena.
 A orillas de si tenia
 una charpa de escopetas,
 y un hombre muerto en sus brazos,
 cuyas heridas perversas
 con la púrpura que vierten
 manchan las flores y yervas.
 Estaba la triste dama
 en sollozos muy deshecha,
 y aunque el llanto en la hermosura
 suele estragar la belleza,
 tambien las lágrimas suelen
 perfeccionarla mas bella.
 Con lastimosos gemidos
 amorosa se lamenta
 mirando al yerto consorte,
 y dice con dulces quejas:
 «noble dueño de mi vida,
 amada y querida prenda,
 iman de mi corazon,
 de mi alma y mis potencias;
 tú que has muerto por mi causa,
 tambien es razon yo muera,
 pues veo en tí, amado dueño,
 la luz de mis ojos muerta,
 veo quebrado el espejo
 donde me miraba atenta,
 veo ya el sol eclipsado,
 pues de tu rostro se ahuyenta;
 miro el clavel deshojado,
 cuando yo aguardaba tierna
 el descanso en tus brazos,
 hoy los míos manifiestan
 ser un funesto teatro,
 donde la muerte se hospeda.
 Ya se acabaron mis gustos,

y mis congojas se aumentan,
 ya llegó el fin de mis glorias,
 ya mis desdichas empiezan;
 murieron mis esperanzas
 y renacen mis tristezas.
 ¿Dónde hallaré yo consuelo
 á tanto tropel de penas?
 solo el morir es remedio.
 Aves, animales, fieras,
 sirva mi cuerpo de pasto
 á vuestra ambicion hambrienta;
 dividid mi cuerpo en trozos.
 ¡Oh muerte cómo no llegas!
 que á la que menos te teme
 la maltratas con tu ausencia.
 Tierra; ¿cómo no te abres?
 que allá en tus entrañas densas
 quiere verse sumergida
 quien tanto morir desea.»
 Estas palabras decia,
 y entre sus brazos le aprieta;
 mirábale el rostro helado,
 é inclinando la cabeza
 sobre el ya frio cadáver,
 allí se quedó traspuesta.
 Llegó á este tiempo el pastor
 diciendo; señora, ea,
 vuelve en tí, mira y repara
 que soy hombre, considera,
 compasivo á tus desdichas,
 que aquí á socorrerte llega.
 Viendo que no le responde,
 la toma con diligencia
 en sus hombros y á un convento
 de monges que está allí cerca
 la llevó, donde el prelado
 con requisito la entrega,
 y los padres religiosos
 con muchísima presteza
 le dan remedio y reparos,
 y á muy pocas diligencias
 volvió en sí la hermosa dama
 toda en suspiros envuelta.

Todos á un tiempo la piden
 que de la forma que pueda
 les cuente su amarga historia,
 que ya desean saberla.
 Formando un nuevo suspiro
 les respondió muy discreta:
 no puedo negarme, padres,
 siendo justa la obediencia,
 á referir mi suceso,
 si acaso el dolor me deja.
 En la noble Salamanca
 (esta es mi patria y mi tierra)
 nací de muy nobles padres;
 mi nombre propio es Teresa.
 Apenas cumplí tres lustros
 (aquí mi desdicha empieza.)
 murió mi padre y mi madre,
 Dios en el cielo los tenga.
 Bajo el poder de un hermano
 quedé, y al instante intenta
 el entrarme religiosa,
 y yo fuí de esto contenta.
 En este tiempo (¡ay de mí!)
 un caballero (¡qué pena!)
 galan, discreto y bizarro,
 que es don Manuel de Contreras,
 este á mi hermano le dió
 la vida en una pendencia,
 y mi hermano agradecido
 y atento á tanta fineza
 le llevó á mi casa, cuando
 ha entrado por ella, apenas
 él miróme y yo miréle,
 amor disparó una flecha;
 á un tiempo los dos quedamos
 heridos de tal manera
 en las coyundas de amor
 él preso y yo prisionera,
 él cautivo y yo cautiva,
 él resuelto y yo resuelta.
 Creció nuestro amor de suerte
 que su ardor pasó á violencia,
 pues reconoció mi hermano

de nuestro amor la fineza.
 Quitó á don Manuel la entrada,
 y á mí, enojado me encierra;
 valíme de una criada,
 la cual una noche ordena
 dar entrada á don Manuel,
 y en mi mismo cuarto entra
 en ocasion que á mi hermano
 el recelo no le deja
 sosegar: se levantó,
 y á mirar la casa empieza:
 mas no fué tal su silencio,
 porque al abrir una puerta
 le sentimos, y al momento
 don Manuel con ligereza
 quiso ausentarse, mas fué
 pública su diligencia,
 porque al salir á la calle,
 la desgracia que lo ordena,
 se disparó una pistola;
 pregon fué de mi flaqueza.
 Creció en mi hermano la furia,
 reconociendo su afrenta,
 de lo que fué sospechoso
 sacó clara la evidencia;
 de los cabellos me arrastra,
 llevado de su soberbia.
 A la mañana siguiente
 trató mi hermano (¡que pena!)
 de llevarme (¡qué pesar!)
 á un convento (¡qué tristeza!)
 violentada (¡que tormento!)
 para quien el alma deja
 en cautiverio amoroso:
 pero amor que no me deja,
 con papeles corresponde,
 que nunca faltan terceras
 para estas ocasiones;
 y hallándome yo resuelta,
 ordenamos que una noche
 por las tapias de una huerta
 del convento me sacase,
 y logrado el verme fuera,

don Manuel que apercebido
 de muchas armas me espera,
 y un caballo que á los vientos
 imita en su ligereza,
 á las ancas me sentó,
 y á Córdoba la opulenta
 caminábamos, á donde
 tenia su parentela,
 con el intento, en llegando,
 al obispo darle cuenta,
 y lograr los esponsales:
 pero nuestra suerte adversa
 no quiso se nos lograra
 una pretension tan buena.
 A este desierto llegamos
 en el rigor de la siesta;
 nos apeamos, y yo
 cansada de la molostia
 del camino, me quedé
 vencida al sueño y apenas
 se suspenden mis sentidos,
 me ha entrado con vehemencia
 entre augustias, un sueño
 tan pesado, de manera,
 que en su inhumano concepto
 fué su tirana influencia,
 que á mi amante daban muerte
 traidores con inelemencia.
 Quiero dar voces, no puedo;
 quiero acudir, no me deja
 aqueste infame letargo,
 y entre congojas y penas
 el corazon á pedazos
 queria salirse fuera
 del pecho, y la garganta
 anudada que no deja
 los conductos de la voz
 que se saliese á fuera:
 cansada de batallar
 ya el vil sueño me deja.
 Desperté toda turbada,
 y luego que fuí despierta
 buscaba á un lado y á otro

el iman de mis potencias;
 mas viendo que no lo hallé,
 el alma quedó suspensa
 y el corazon traspasado,
 la sangre helada en las venas.
 Oí decir ¡ay de mí!
 muerto soy, sin resistencia
 á vuestras traidoras manos;
 á Dios, amada Teresa,
 que ya de mi triste vida
 llegó la hora postrera.
 Acudí despavorida,
 llegué mas que viva muerta,
 lo hallé envuelto entre su sangre
 manchando la tosca arena,
 y viendo tan gran desgracia
 le dije con grande pena:
 ¿quién fué el ingrato homicida
 que con tan grande insolencia
 te ha puesto de aquesta suerte!
 Oye, mi desdicha es esta:
 al sueño tú te venciste
 y yo á esta fuente risueña
 vine por un poco de agua;
 y estando sentado en ella
 divertido en sus cristales,
 me acometen con violencia
 tu hermano y cuatro traidores,
 y con tirana soberbia
 catorce heridas me han dado,
 que ya por muerto me dejan.
 Tú del riesgo te libraste,
 pues no hicieron diligencia
 de buscarte, que unas voces
 que oyen á huir los empeña.
 No siento mi muerte, no,
 solo siento que te quedas
 en aquesta soledad,
 acompañada de fieras,
 y pues me falta el aliento,
 que ya la muerte me espera
 te pido que me perdones,
 porque perdonada seas,

que si yo merezco el verme
 en la divina presencia
 de Dios, pediré por tí;
 que por su santa clemencia
 te saque de esta afliccion,
 y de todo libre seas,
 y pues no puedo ampararte,
 solo Dios te favorezca.
 En esto espiró en mis brazos,
 y yo quedé con tal pena
 descoyuntada al dolor
 que mi desdicha me muestra.
 Lo demas este pastor
 podrá decir lo que queda;
 solo pido se me dé
 permiso que en una cueva
 de un tosco sayal vestida,

me entré á hacer penitencia
 para pasar de mi vida
 lo restante que me queda.
 Se lo otorgaron, é hizo
 las cristianas diligencias,
 y en una lóbrega gruta,
 toda al sentimiento hecha,
 se entró, donde santamente
 en la virtud fué perfecta;
 por el difunto enviaron,
 y con solemnes exequias
 sepultura le previenen.
 Y aquí el humilde poeta
 ofrece segunda parte,
 porque el auditorio sepa
 en lo que vino á parar
 doña Teresa en la cueva.

SEGUNDA PARTE.

Dije en el primer romance
 como se quedó metida
 doña Teresa en la cueva,
 del mismo Dios asistida,
 despojada de sus galas,
 de un tosco sayal vestida.
 Ya de Dios arrebatada
 no quiso mas compañía
 que un divino crucifijo,
 calavera y disciplina;
 un libro y una corona
 de muy agudas espinas.
 Siempre estaba en oracion,
 ayunaba cada dia,
 y á la hora de comer
 salia al campo y pacia
 como bruto irracional
 las yerbas que en él habia.
 Sin compostura el cabello,
 que de cuidarlo se olvida;
 los ojos secos, sumidos
 de llorar, y las megillas
 con lo remanente de ellas,

hechas canales tenia.
 El rostro descolorido,
 las espaldas muy heridas,
 y de estar arrodillada
 llagada ambas rodillas.
 Tanto era su fervor,
 que su corazon se ardia
 en fuego de amor divino,
 llorando sus culpas mismas.
 Ya del mundo no se acuerda
 ni de sus vanas delicias,
 que sus pensamientos todos
 solamente en Dios tenia.
 Tal era su penitencia,
 tanto en la virtud camina,
 que una Catalina en Roma
 solo pudo competirla;
 la Egipciaca y Magdalena
 que tanto en la Iglesia admiran,
 cuyas vidas penitentes
 están en bronces escritas;
 ya Teresa en el dolor
 y en el llanto las imita,

y ya el astuto demonio
 lleno de mortal envidia,
 trabaja por derribarla
 de aquesta tan justa vida;
 y con diabólica traza,
 para mejor persuadirla,
 tomó el traje y semejanza
 (como dije mas arriba)
 de don Manuel de Contreras
 que yace entre las cenizas,
 aquel galan que Teresa,
 idolatraba algun dia.
 Al fin el dragon horrible
 para la cueva camina,
 llevando en su seguimiento
 sus secuaces que le asistan:
 llego á la gruta en efecto,
 que doña Teresa habita,
 llamándola por su nombre,
 dice estas palabras mismas.
 ¡Oh desgraciada Teresa!
 ¡que grande fué tu desdicha
 pues naufragas en miserias
 en lo mejor de tu vida!
 Espejo en quien las virtudes
 unas con otras se miran;
 ¿tú ajada y tan acabada?
 ¿cuándo tú tan abatida?
 y yo (de mí desgraciado)
 siempre adquiriendo noticias
 por no saber donde estabas,
 hasta que la suerte mia
 quiso traerme á la vista
 de la prenda mas querida
 que mora en mi corazon
 y en el alma se avecinda.
 ¿Quién eres tú (le responde)
 que con tan tiernas caricias
 me tratas sin conocerme?
 —¿Pues qué no me conocias!
 yo soy don Manuel, mi bien,
 quien por tí tanto suspira,
 quien blasonando de amante

busca una joya perdida,
 y con la gloria de hallarla
 me prometo mil albricias:
 que como el sol de tu rostro
 es la luz que me ilumina,
 no hallarla fuera mi muerte,
 y hallándola tengo vida.
 —No es posible seas quien dices
 y lo aseguro yo misma,
 porque él en mis brazos tuvo
 las últimas agonias;
 en mis brazos espiró
 por su desdicha y la mia:
 mira si asegurar puedo
 lo que mi fé me acredita.
 —Engañada estás, Teresa,
 que aunque sin habla me veias
 no fuí muerto, fué un desmayo
 por la sangre que vertia;
 y porque mejor te conste,
 aquí las señales mira
 de las heridas que tengo
 curadas, sanas y fijas.
 —¿Cómo tan presto sanaste?
 bien la verdad averiguas.
 —Un pastor que compasivo
 acaso buscando iba
 unas obejas, hallóme
 sin habla como veias:
 me tomó y llevó á un lugar
 que estaba de allí dos millas,
 volví en mí y bien curado
 me ví en muy pocos dias.
 Fuí á mi patria, y á mis padres
 de todo les dí noticia:
 vuelvo á buscarte tan fino
 y aun mas que el primer dia,
 y mis padres cuidadosos
 con la casa prevenida
 como á sus dueños te esperan
 y así toda mi familia.
 Aquí traigo muchas galas,
 las que quisieres aplica:

esto sólo te está bien,
no dilates la partida.

—¡Ay don Manuel, que es tarde!

—Cuál es la causa, me digas.

—El voto de castidad
que á Dios hice con fé viva,
y ya el cumplirlo me es fuerza;
la consecuencia está fija.

Respondió el demonio entonces:

escucha, Teresa mia,
¿no me diste voluntaria
palabra y mano tú misma
de casamiento?—Es verdad.

—Luego si tú con la mia
uniste tu voluntad
con dulces lazos unida,
sábetete de que ya estamos
(segun las leyes divinas)
para con Dios desposados,
y sin que lo contradigan
hay nulidad en el voto;
que una muger por sí misma
sin licencia de su esposo
tal cosa no determina.

Tú por muerto me tuviste,
pero teniendo yo vida
queda el voto irregular,
bien la experiencia lo afirma.

—Esa es cuestion temeraria,
que primero es (cosa fija)
lo divino que lo humano,
dicen las leyes antiguas:
cumplir á Dios la palabra
porque en todos predomina,
y es primero este precepto;
y así á cumplir no obliga
la palabra que te dí,
porque me alienta y anima
el faltar las bendiciones,
que es el todo, segun cifran
las leyes del matrimonio,
y por esta causa misma
tengo ya hecho el dictámen

de pasar aquí mi vida,
solo por servir á Dios.

—Teresa, ya tú deliras:

á Dios sirve, á Dios agrada
la muger que con medida
á su marido le asiste
en la miserable vida:

si conmigo no te vienes
será tu alma perdida;
mira que injurias al cielo,
y hasta al mismo Dios irritas,
á los ángeles y santos,
cuantos en la gloria habitan.

—¡Ay de mí! ya don Manuel,
me confieso convencida;
vuelve despues, que yo en tanto
quiero un rato recogida
mirarme bien, que despues
te daré la razon fija.

Con esto se entró en la cueva
llorando lágrimas vivas,
y tomando un crucifijo,
hincándose de rodillas,
y con afectos del alma
estas palabras decia:

«A vos celestial Pastor,
vuelva esta obeja perdida
buscando vuestro rebaño,
pues sois autor de la vida.

Amorosísimo Padre,
esta pecadora hija
á vuestra clemencia apela,
y pues es tan infinita,
Señor, tu misericordia,
ampara esta desvalida.

Pequé, Señor, contra vos,
ciega, torpe, inadvertida:
sois justiciero y piadoso,
no queráis quede perdida
la sangre que por mí fué
en vuestra Pasion vertida.
Vuelve, Señor, á la vaina
la espada de tu justicia,

y halle solo en vuestro amparo
 consuelo en tanta fatiga;
 dadme tu luz porque acierto,
 y no camine perdida.»
 En esta oracion estaba;
 cuanto vió de que venia
 hacia ella un caballero,
 que color blanco vestia,
 de aspecto muy afable
 diciendo con melodia:
 no tengas temor, Teresa,
 que yo soy el alma misma
 de don Manuel que por tí
 goza en la gloria dichas:
 Dios oyó tu peticion,
 y asimismo Dios me envia
 para que te desengañes.
 Este que te persuadia
 en mi traje, es el demonio
 que con infernal codicia
 quiere llevarte consigo
 á sus cabernas ó simas;
 ve al convento y en él
 has las diligencias dignas
 de cristiana, y luego al punto
 á tu cueva te retira;
 defiendete de los lazos
 de esa hídra enemiga,
 y con esto quédate en paz,
 Dios te ayude, Dios te asista.
 Apenas se apartó el alma
 de este mundo á la otra vida,
 el demonio que está hecho
 un centinela de vista,
 volvió á entrar segunda vez,
 diciendo: Teresa mia,
 este es el fiero demonio
 que con maña discutiva
 en sus tinieblas y asombros
 quiere verte sumergida,

y ser mi espíritu finge,
 que el mismo Dios le envia.
 Díjole Teresa entonces:
 luego tú, según te esplicas
 dices no eres el demonio?
 Pues hínicate de rodillas
 y pide misericordia
 á este Señor que nos mira,
 Dijo el demonio bramando:
 eso no, no lo permita
 mi altiva soberbia, que
 yo me avasalle ni rinda.
 Pues vete, infernal dragon,
 á las brasas prevenidas
 que por tu soberbia tienes
 en el infierno adquiridas.
 Desapareció el demonio
 bramando como una hidra,
 dejando todo el desierto
 estremecido en sus iras.
 Quedó Teresa en asombro
 de lo que le sucedia,
 y armada de su valor
 para el convento camina,
 confesó generalmenté
 y á la cueva se volvia.
 Diez días no se pasaron
 cuando van á requerirla
 cuatro ó cinco religiosos,
 y la hallaron de rodillas
 difunta, y todo aquel sitio
 con fragancia tracendia.
 Al convento la llevaron
 con la decencia debida:
 sepultura la previenen:
 gloria á voces prodigan,
 y Juan de Mendoza humilde
 es razon que á todos pida
 perdonen sus muchas faltas
 que en estos romances cifra.

FIN.